



Los Baldrich

Use Lahoz

Alfaguara. Madrid, 2009. 256 páginas, 18 euros

- (30/01/2009)

-



El propósito de reconstruir una etapa prolongada de la historia barcelonesa mediante la narración de las peripecias de una familia cuenta con numerosos precedentes en la narrativa española contemporánea. Bastará recordar la serie *La ceniza fue árbol*, de Ignacio Agustí, o, en cierto modo, la que inauguró Gironella con *Los cipreses crecen en Dios*, además de otros intentos más cercanos a nosotros en el tiempo, como *El día del Watusi*, del malogrado Francisco Casavella, o *Fuego latente* (2006), de Luisa Forrellad. En esta órbita de crónica familiar e histórica se inscribe *Los Baldrich*, de Use Lahoz (Barcelona, 1975). Hay, sin embargo, numerosas diferencias entre aquellos títulos y el tratamiento a que Lahoz somete su historia, y no sólo por su extensión más reducida, que, para abarcar tres cuartos de siglo, exige numerosas elipsis, sino por su planteamiento. El relato, dividido en cinco partes de extensión desigual, parece emanar al principio de una voz omnisciente, pero deja descubrir, ya avanzada la novela (págs. 96 y, sobre todo, 212) la presencia de un narrador externo y ajeno a la familia, llamado Uge -repárese en la semejanza con el nombre del autor-, situado en Madrid y tardíamente incorporado a la historia, a la que accede mediante su amistad con los miembros más jóvenes de la familia Baldrich. Por otra parte, la evolución de Barcelona, subrayada excesivamente por datos acerca de cantautores y futbolistas de cada etapa, es tan sólo un telón de fondo, y lo que ha interesado al autor ha sido bosquejar la creación y la desintegración de una familia, prestando atención sobre todo al perfil psicológico de sus miembros -Jenaro y Sagrario, en primer lugar, y después sus tres hijos, que corren suertes dispares- y de algunos personajes cercanos, como la criada Charo -cuyo vínculo con Jaime debió merecer más atención-, Mateu o el convencional Roger.

Por último, lo que distancia más a Lahoz del “modelo Agustí” y sus herederos es el estilo narrativo, más vivaz y con abundantes marcas de estilo que delatan la impregnación de García Márquez y que ofrecen de vez en cuando novedades imprevistas: “el calor que supuraba el asfalto” (p. 90); “contestó con la voz llena de estrías” (p. 126); “montones de hojas caducas tomaban posición en las calles” (p. 140); “las cejas [] y la frente arrugada añadían a su rostro un viso de madurez acribillada” (p. 308). Y García Márquez está asimismo presente en la historia del amor adolescente entre Sagrario y su primo Ignacio, resuelto en las numerosas cartas que el enamorado escribe desde América durante años y que Sagrario guarda sin abrir.

Los deslices o los usos desaconsejables son escasos: “la pareja no durmió ni un solo día juntos” (p. 29), “injurio en silencio contra los vencidos” (p. 47); “la vida iba posicionando a cada uno” (p. 243). Son muchos los méritos de la novela, aunque algunos personajes, como Rodrigo, queden desdibujados y ciertos episodios, como el del primer viaje a Madrid y las referencias tópicas a la “movida”, constituyan un lastre innecesario en el conjunto.

Algo personal

- ¿Qué le debe Los Baldrich al poeta Use Lahoz?
 - Ciertas imágenes y quizás el modo de comprender la literatura como algo vital, imprescindible para tratar de ver el mundo a través de ella. La poesía es un género muy distinto a la novela, pero necesario en mi imaginario.
 - ¿Prefiere la Barcelona de Marsé y Rodoreda o el Madrid de la movida?
 - Madrid y Barcelona son mis ciudades y para mí son complementarias. La de Marsé y Rodoreda forma parte de mi educación sentimental. Crecí con ellas, viviéndolas y leyéndolas. El Madrid de los 80 no lo viví, pero me hubiera encantado, como me gusta el de ahora.
 - ¿Por qué cree que los autores jóvenes renuncian a embarcarse en proyectos tan ambiciosos como el suyo?
 - Todos los proyectos son ambiciosos, o deberían serlo. En mi caso, mi ambición reside en querer contar una historia entera, honesta y que sea verosímil.
-